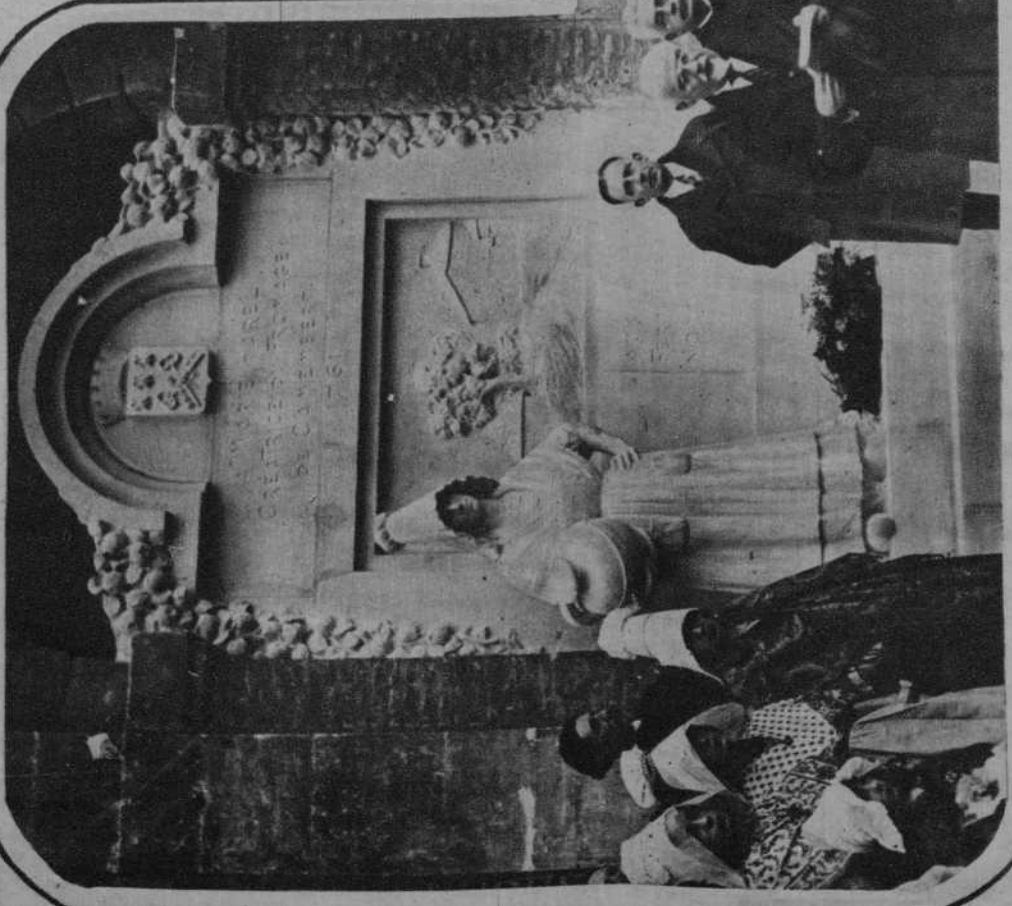


En Vermontiers (Francia) ha sido elevado un monumento a Maria Herel, la granjera que inventó el queso de Camembert.

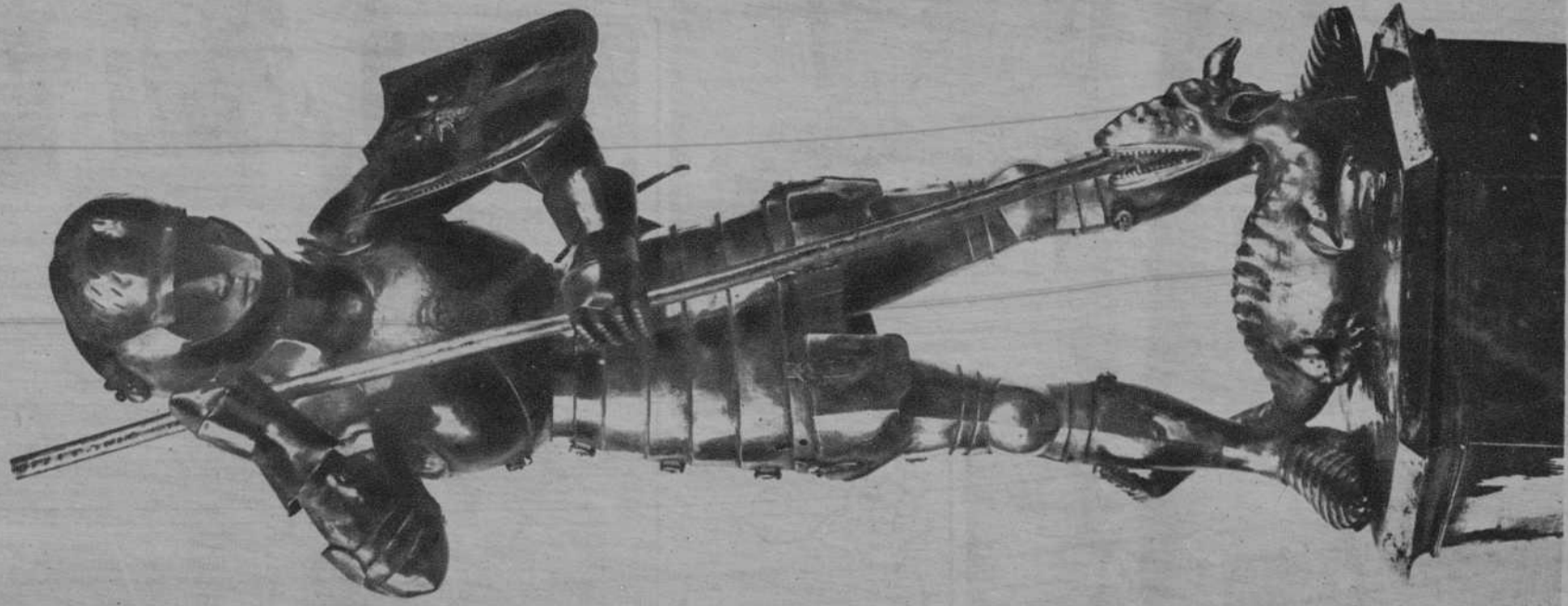


El monumento, sencillo y sugestivo



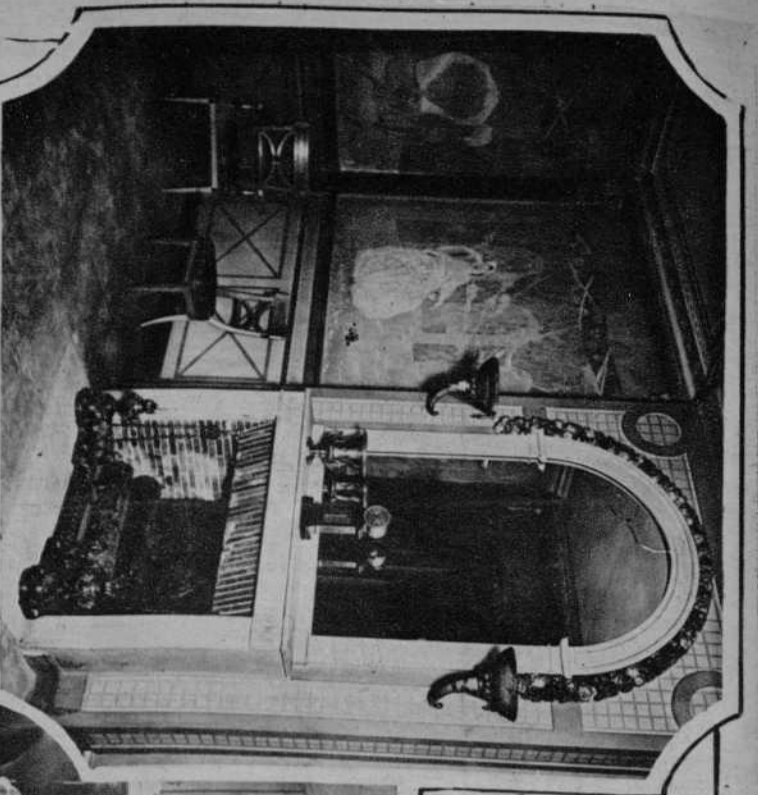
Jóvenes normandas que asistieron a la inauguración, vistiendo los típicos trajes del país.

(Foto. Comsercio)

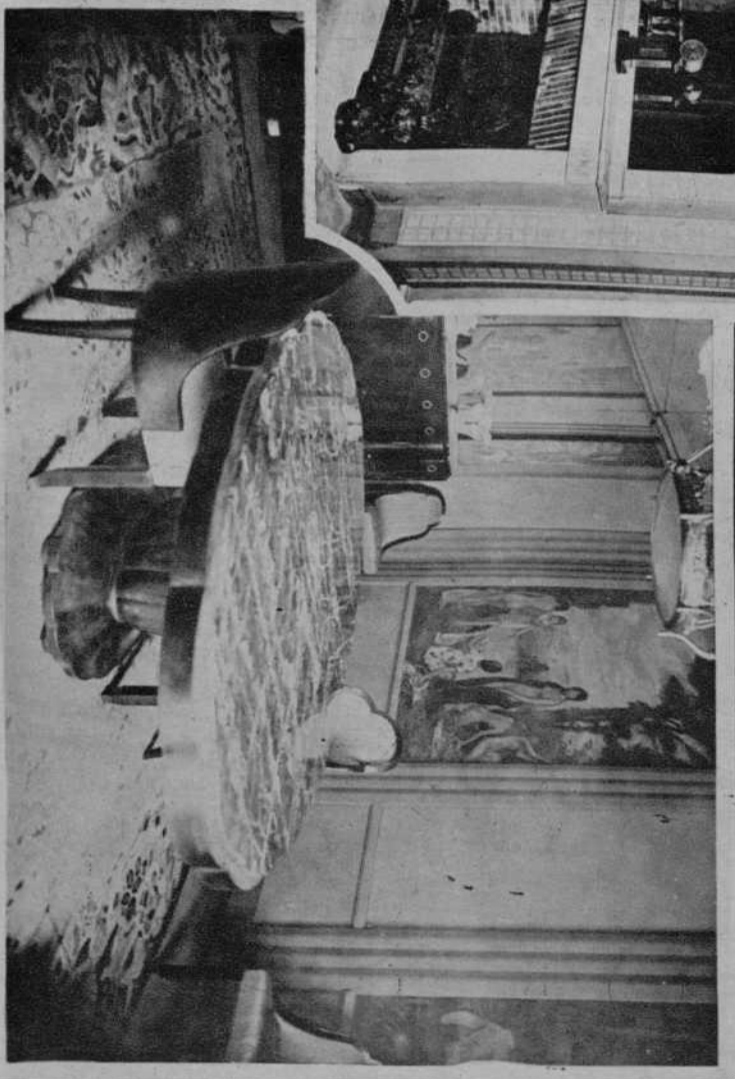


Estátua de San Jorge, de plata, del siglo XV, de la Capilla de la Diputación.

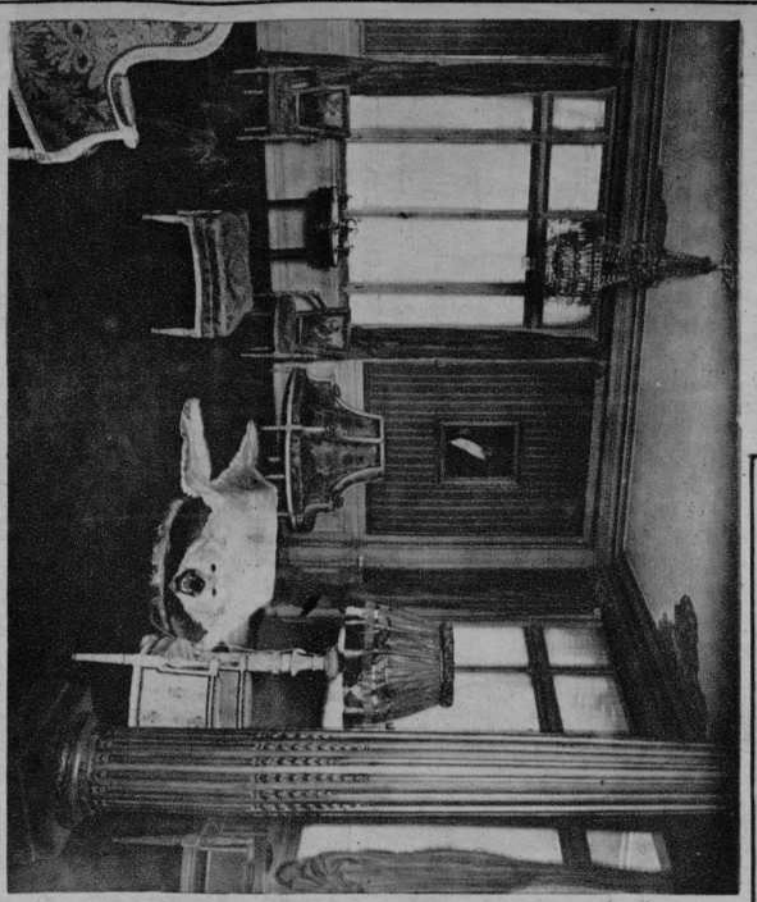
(Foto Videl)



Un rincón de comedor, acogedor y sencillo.



El decorado de los interiores revive en las señoriales mansiones de París, su máxima belleza. Un equilibrio perfecto entre lo moderno y lo antiguo constituye su característica.

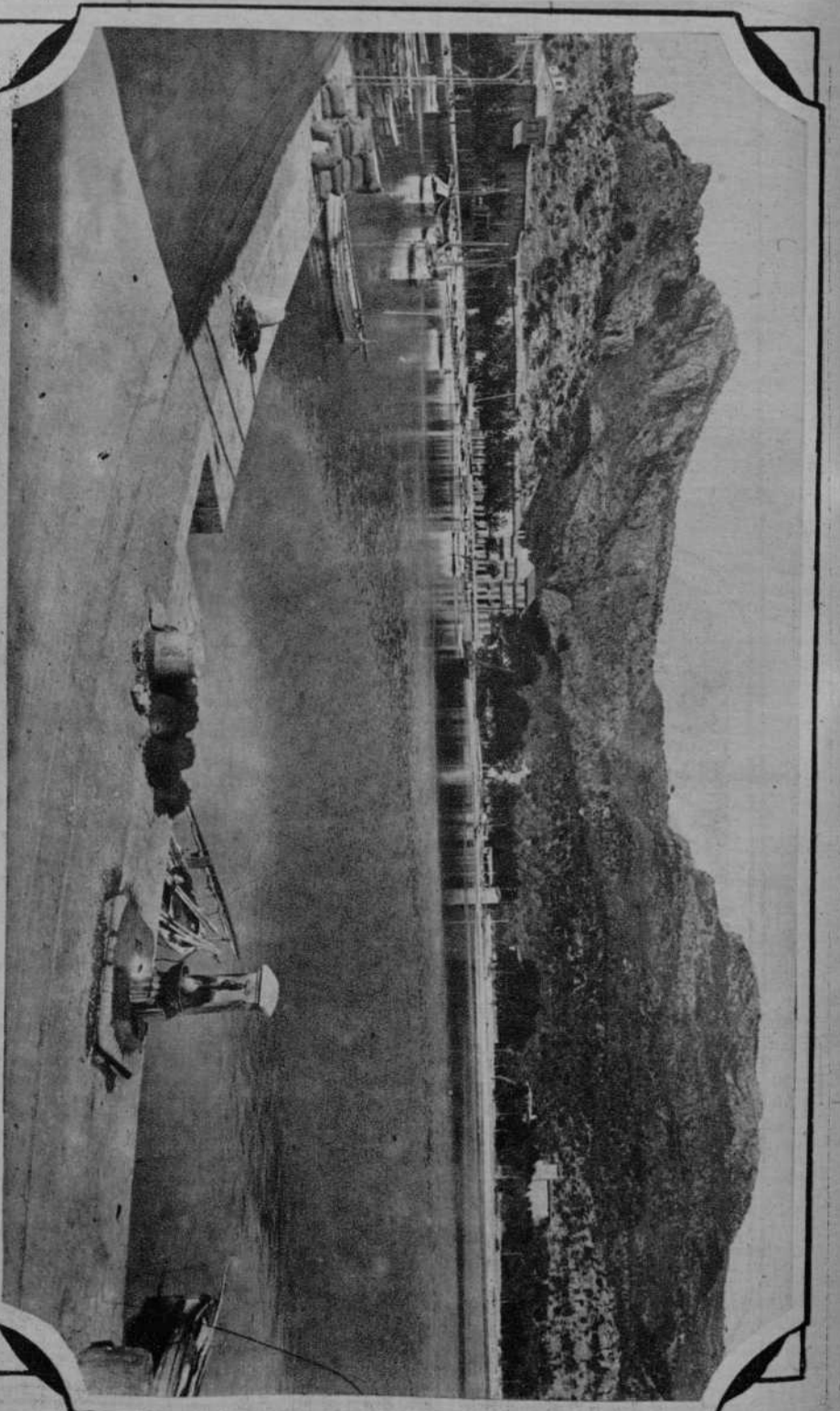


Salón Luis XVI, modernizado.

Detalle de un salóncito íntimo.

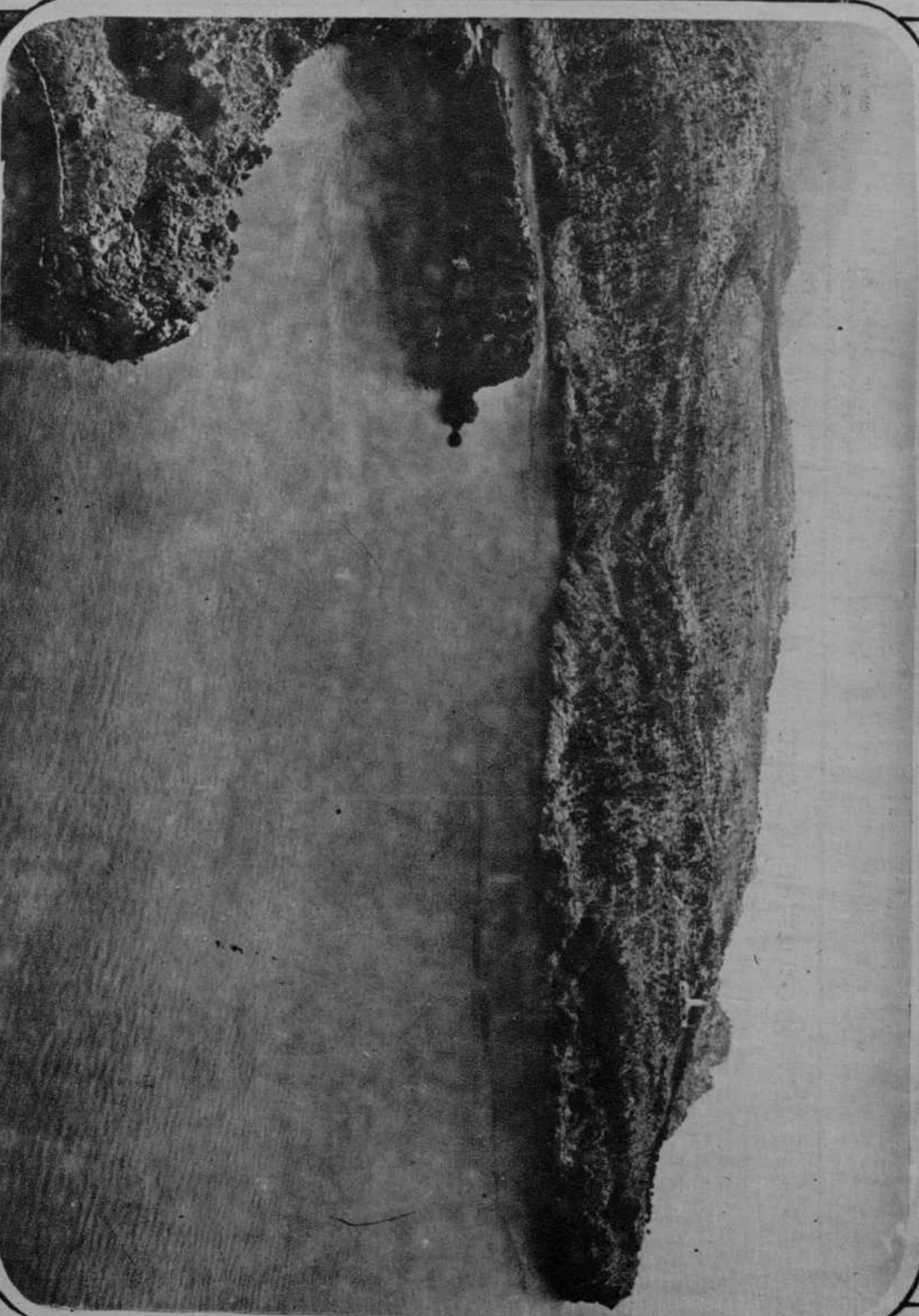


Un comedor adornado con pinturas de Georges d'Espagnat.



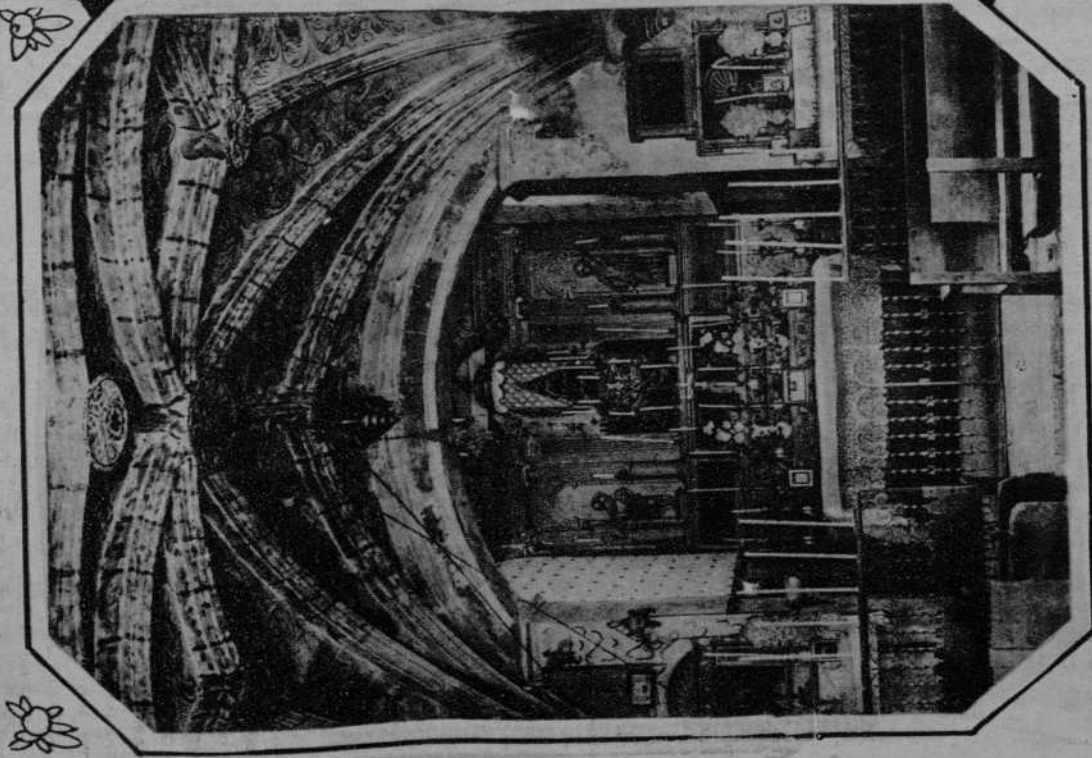
EL ENCANTO DE LA ISLA DORADA

EL MAGNIFICO PUERTO NATURAL DE SOLLER.

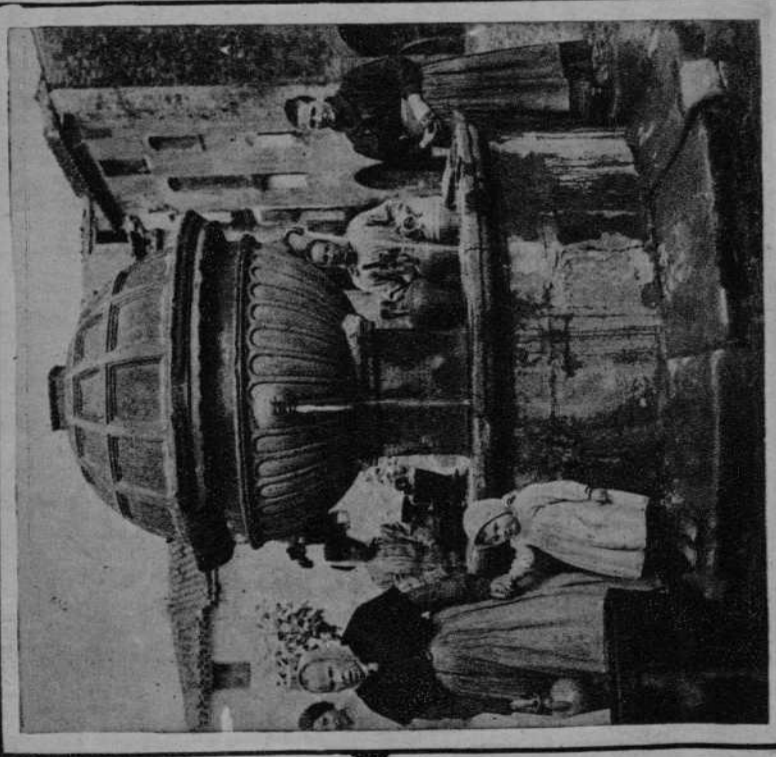


LA ENTRADA BELLA Y ACROESTE, AL PUERTO DE SOLLER

Conserva la vieja Prades, en sus costumbres y en sus edificaciones, el sello de gloriosas centurias.



La iglesia de N<sup>ra</sup> S<sup>ra</sup>. de la Belleza.



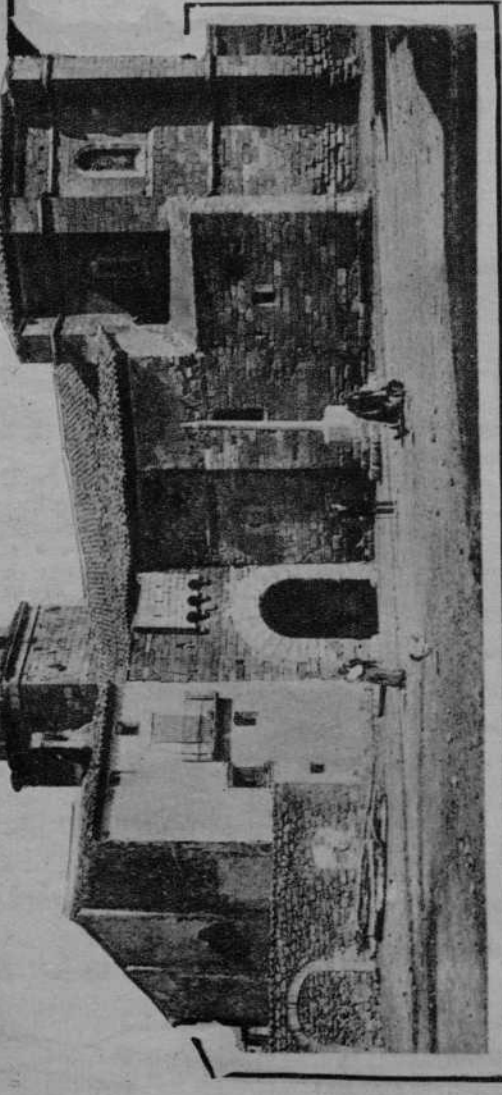
Una fuente del siglo XVII.



La Roca foradada.



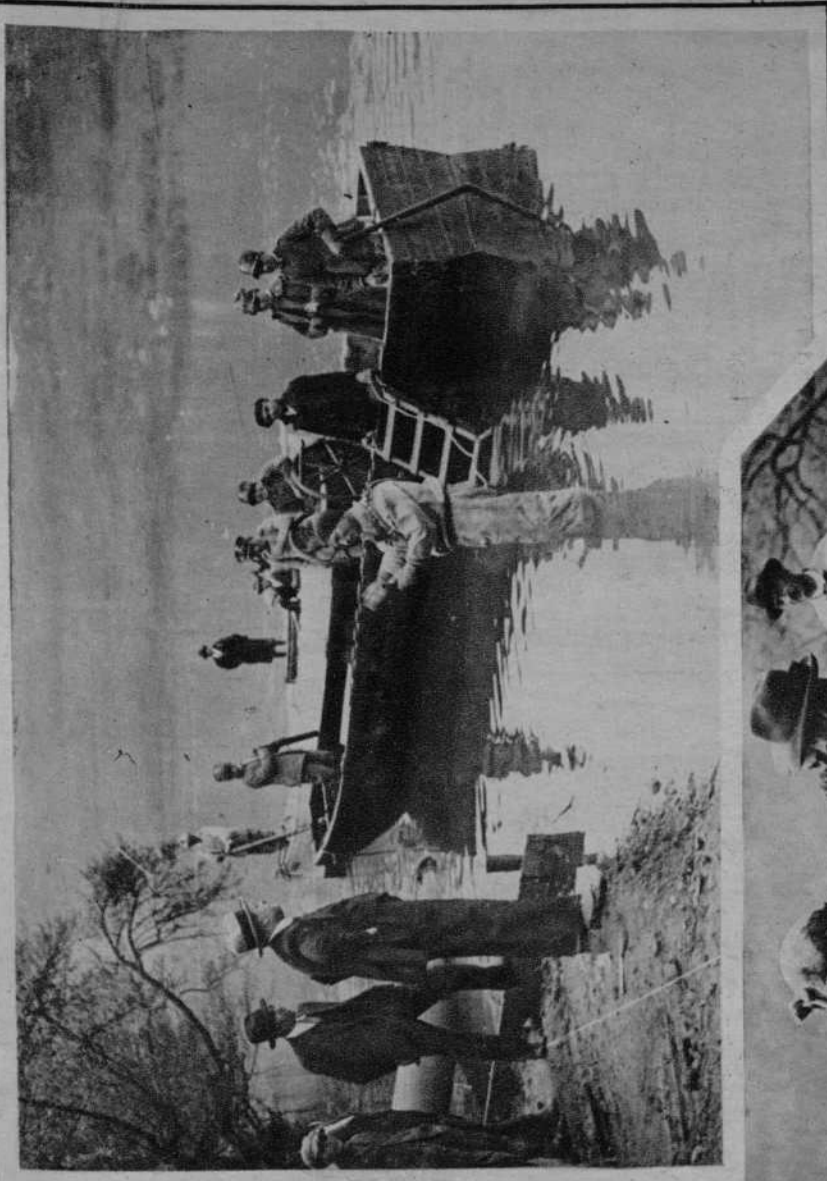
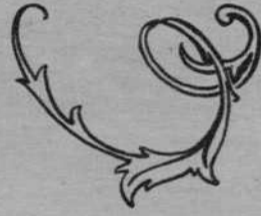
Plaza del Portal.



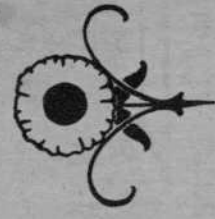
HAN COMENZADO EN EL LAGO NEMITALLA, LOS TRABAJOS PARA RECUPERAR EL NAVIO ROMANO DEL EMPERADOR TIBERIO, MUERTO EN EL MISMO.



LOS INGENIEROS QUE DIRIGEN LA EMPRESA.



LOS BUZOS ANTES DE EMPEZAR EL TRABAJO.

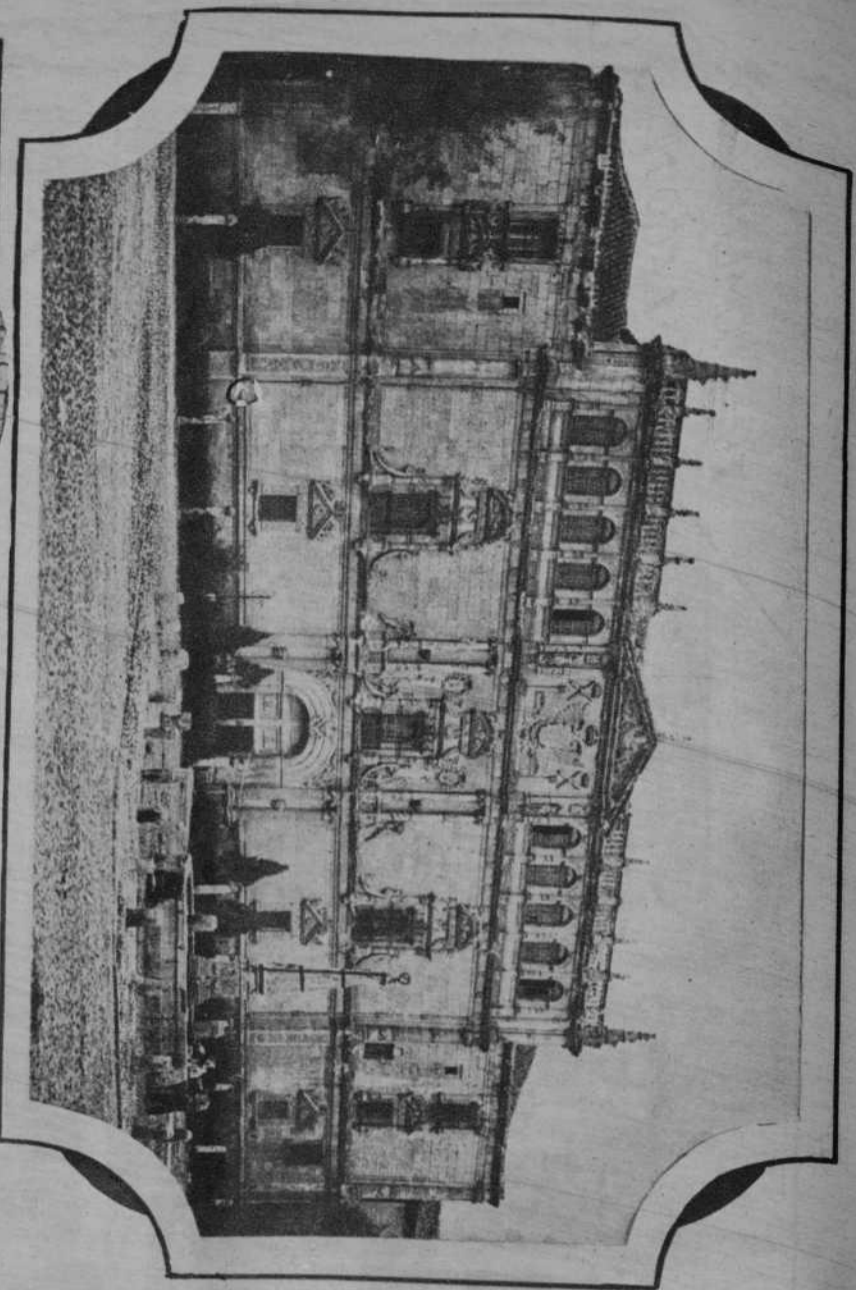


DISPONIENDOSE PARA UNA EXPLORACION.

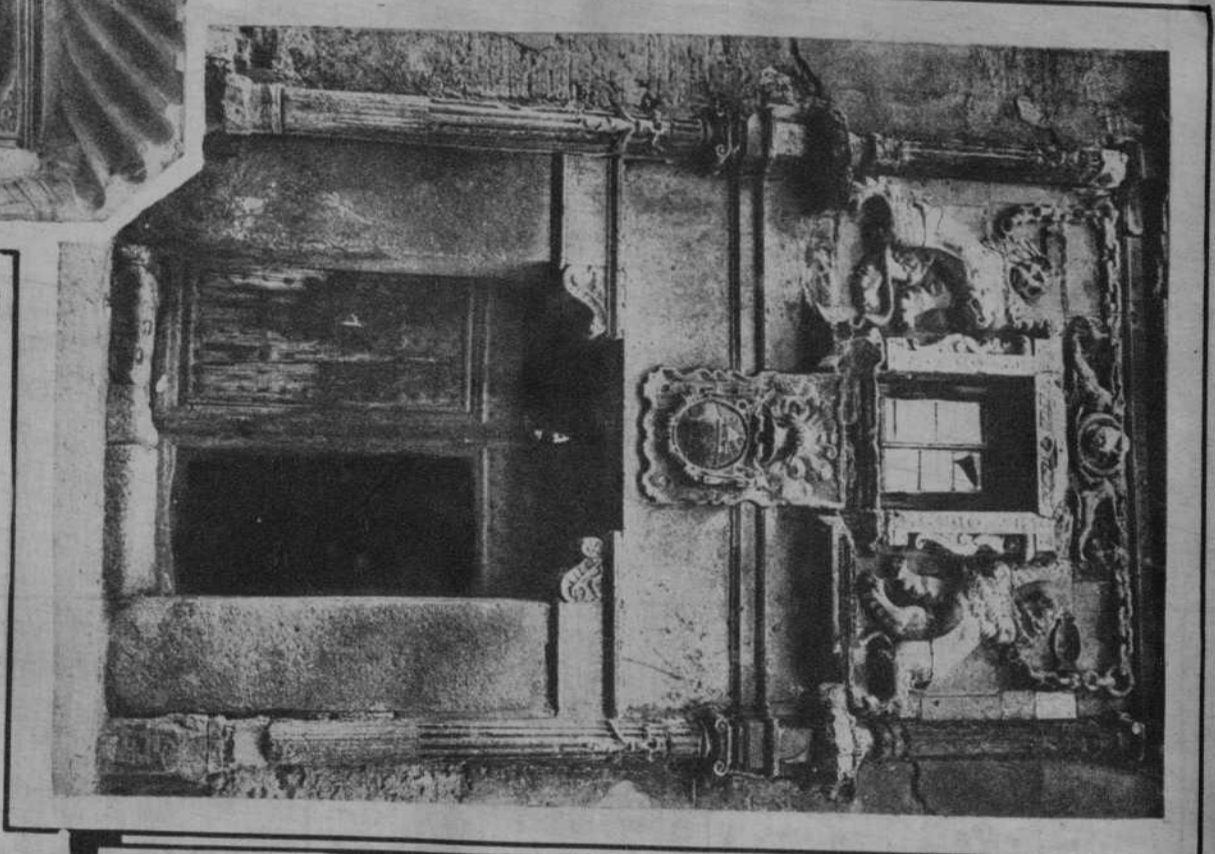
(Foto. P. Pastreli)



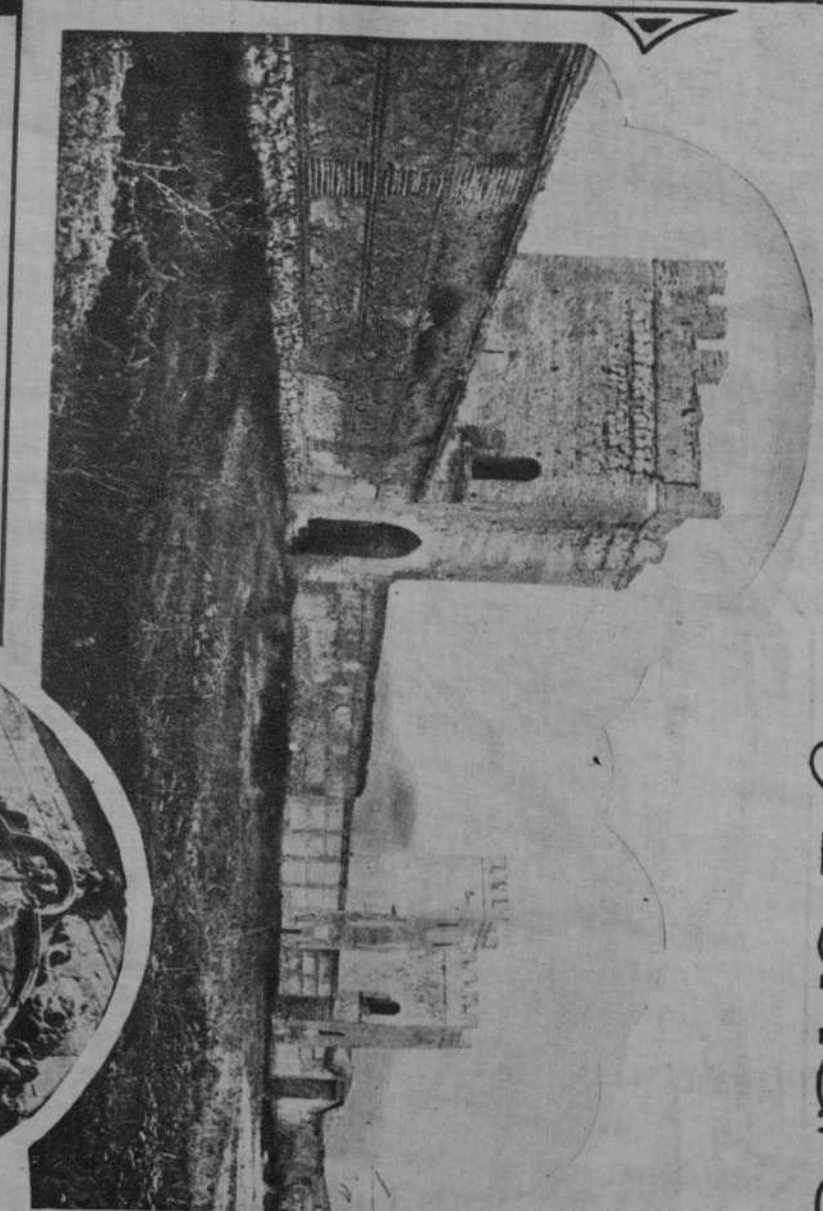
Las bellezas de  
Alcalá de Henares



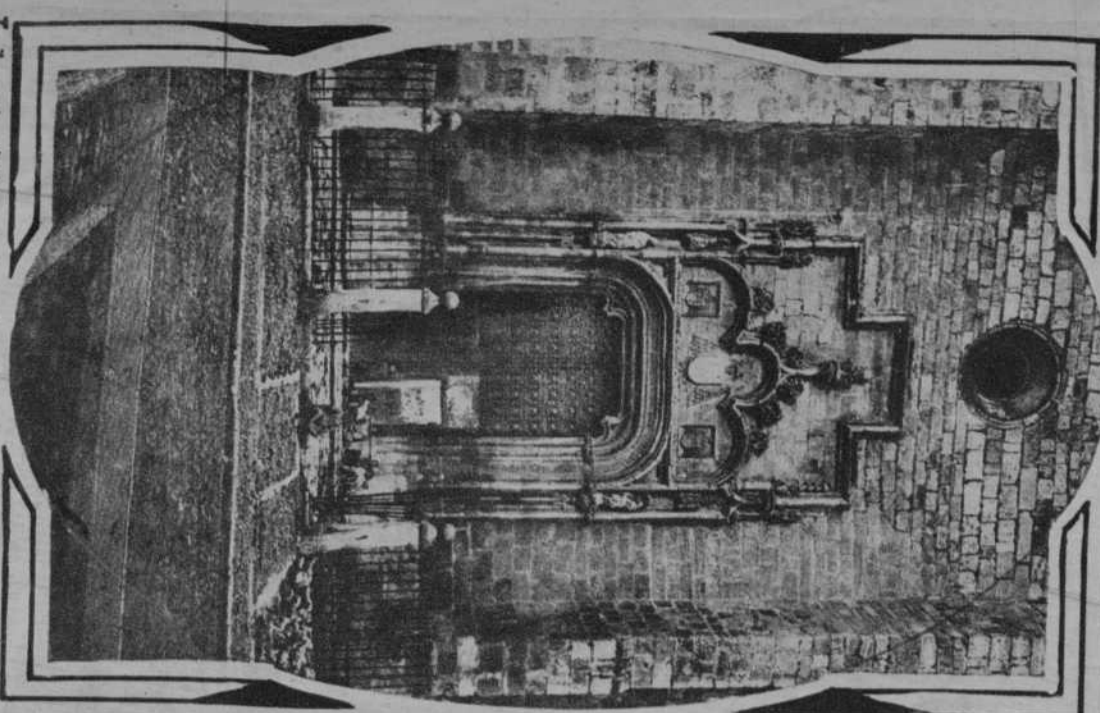
F<sup>a</sup>chada principal  
de la Universidad



Portada de la casa  
de Lizana.

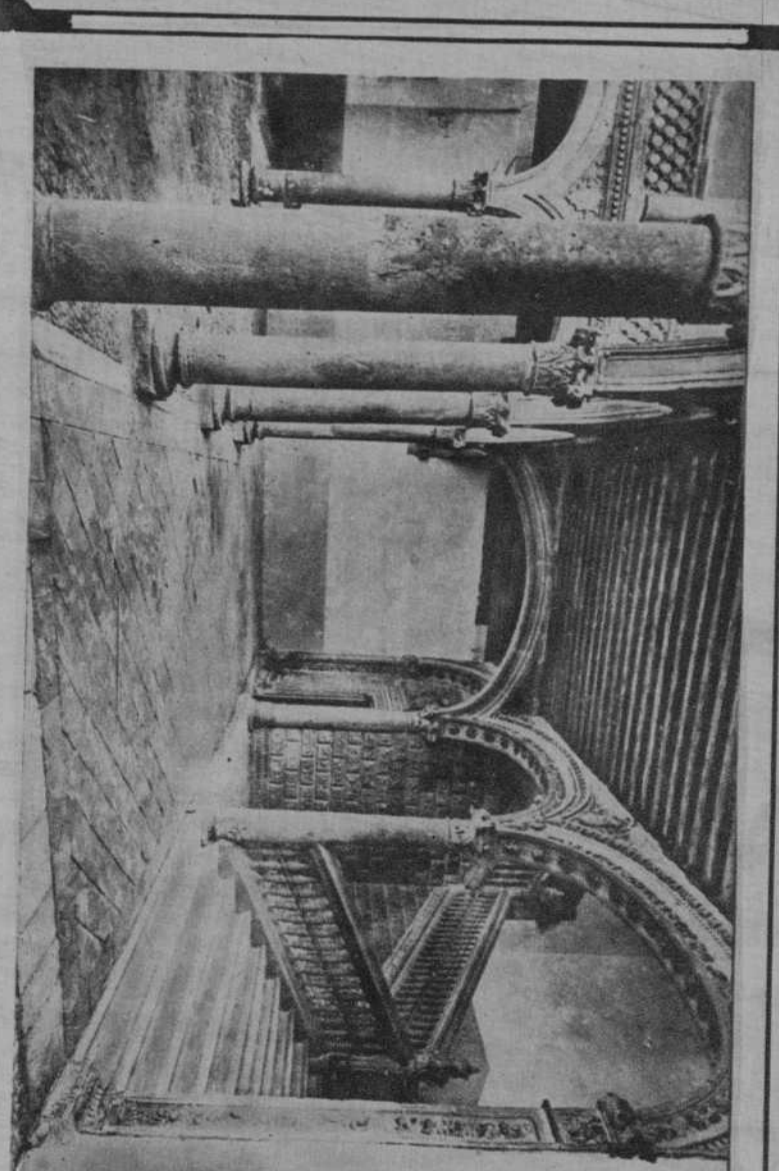


Archivo.  
Torreones de la muralla.

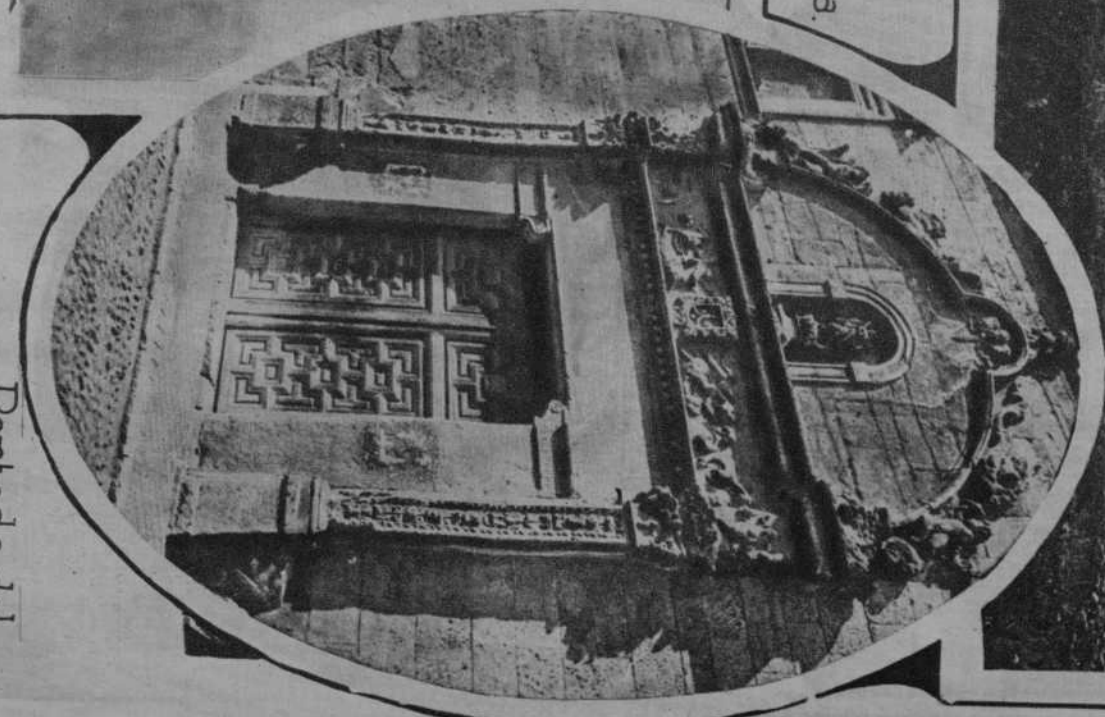


Iglesia Magistral. Puerta principal.

Sepulcro del Abad  
Hernando de Balbás.



Archivo. ~ Escalera principal.



Portada del  
Convento de la Imagen

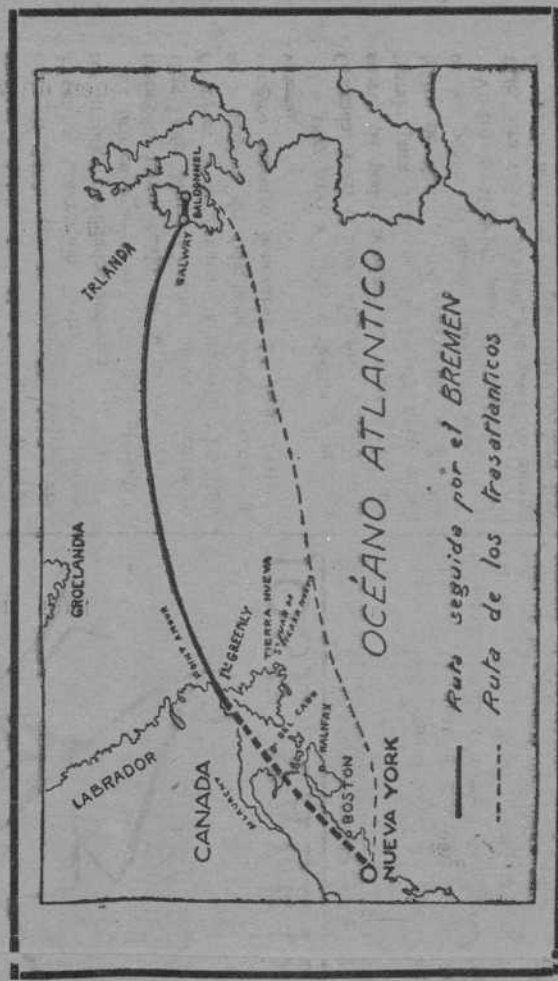
LA CONQUISTA DEL AIRE

Los aviadores alemanes y franceses coinciden en un mismo heroísmo

Pródigo en proezas aviatorias, a juzgar por sus prometedores comienzos, va a ser este año de 1928. El mes de abril ha visto coincidir dos acontecimientos sensacionales: la terminación del maravilloso raid a través del mundo, emprendido por los aviadores franceses Costes y Le Brix, y el feliz arribo a tierra americana, desde Europa, por los alemanes Kohel y Baron de Hannefeld y el comandante Fiszmaurice, jefe de la aviación del Estado libre de Irlanda.

El deporte, como la ciencia, de la que depende íntimamente, es internacional. No hay, en lo que se refiere a las hazañas de los aviadores, rivalidades entre diferentes países, sino una noble emulación. Los pilotos alemanes del «Bremen», en el momento mismo en que Costes y Le Brix terminaban gloriosamente su triunfal viaje, alcanzaban el difícil objetivo que tantas vicisitudes y tantos fracasos costará, atravesando el Atlántico entre Irlanda y Terranova. Así vemos hoy a la aviación alemana y a la aviación francesa, que contendieron ayer en horribles y gloriosos combates, colaborar a la obra de progreso y de paz que significa acercar las naciones y los continentes, reduciendo, cada día más, las distancias que han sido durante tanto tiempo el principal obstáculo para la fraternidad humana y que el hombre acabará por vencer.

El avión «Bremen» partido de Bal-

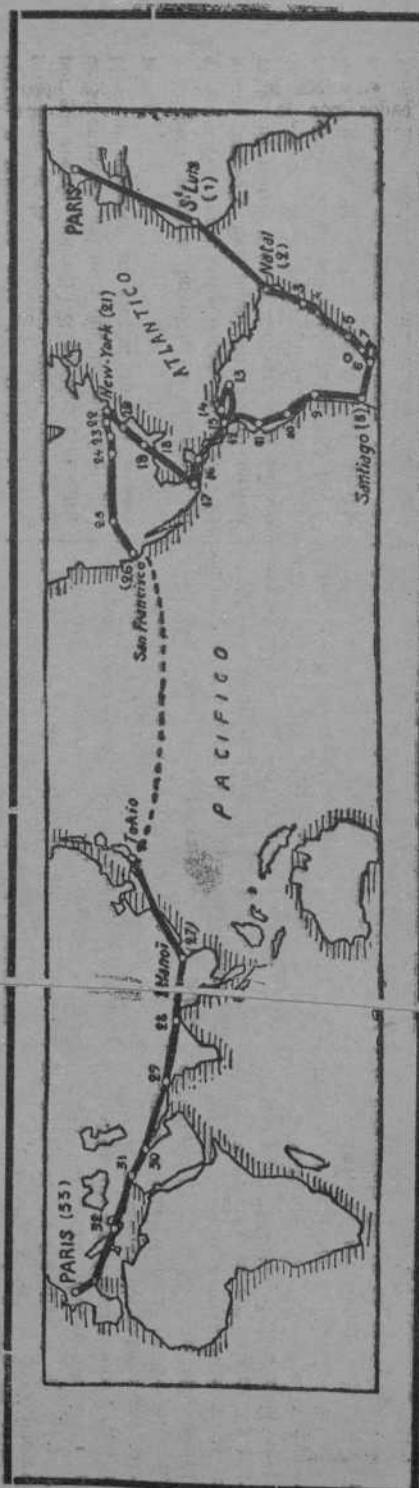


dozell (Irlanda), aterrizó en la Isla de Greenly, situada en el Estrecho de Bella Isla, entre el Canadá y Terranova, después de recorrer en treinta y cinco horas unos 72,000 kilómetros con vientos contrarios. El salto del Atlántico, de Este a Oeste está ya dado y vencido el maleficio que parecía pesar sobre tal intento. Un nuevo paso hacia el acercamiento de Europa a América ha dado y, seguramente, la hazaña no quedará en ser repetida.

Con su vuelo Tokio-París en seis días, Costes y Le Brix, por su parte, han terminado una proeza, repleta de valor y de audacia. El mundo entero, durante su raid de 60,000 kilómetros, les ha seguido día tras

día, de París a San Luis del Senegal, y de San Luis a Pernambuco y después, en sus vuelos hacia Rio de Janeiro, Buenos Aires, Asunción, Santiago, La Paz, Lima, Washington, Nueva York y San Francisco. Los dos aviadores embarcaron en California con rumbo al Japón, emprendiendo en Tokio su vuelo hacia París, viaje realizado en seis días, record difícil de igualar y casi imposible de superar.

La aviación alemana y la aviación francesa, enemigos ayer, han coincidido, en fecha memorable para los anales de la aeronáutica, en la consecución de un magno triunfo. Ojalá constituya ello un augurio de paz y progreso.



jos metálicos ponían chispazos de pasión, promesas de algo lejano pero muy bello...

Aquellos tres meses transcurridos en un interminable desfile de sensaciones embriagadoras, de sueños y quimeras, habían saturado su espíritu de un optimismo, y fuese amándolo dulcemente entre sus brazos.

Abstráida, casi extasiada, se quedó con los ojos fijos en la lejanía donde se había perdido el tren, ajena a la charla de las personas que fueron a despedir al viajero. Por fin, una mano suave se posó sobre su hombro y una voz cariñosa le dijo:

—Elena!... ¿Te quedarás aquí toda la noche?  
—Voy, tía—contestó la joven con voz opaca, haciendo esfuerzos para que su imaginación, sacudida bruscamente, volviese a la realidad.

Obediente, como un autómatas, siguió a su acompañante, y así llegó hasta el cochecito que había de retornarla a la tranquila monotonía de la aldea, donde tan sola iba a encontrarse en adelante.

Se dejó caer en el asiento, segura de que su espíritu no iba con ella, que la había abandonado para huir como un suspiro detrás del tren que se llevaba sobre sus lomos de acero al hombre a quien quería con la más esgadora pasión.

—¡Pobre Elena!—dijo en voz baja la tía, que comprendió en seguida el terrible mal que aqueja a su sobrina.

Esta no pudo reprimir las lágrimas, y se acurrucó aún más en su asiento.

ENSONACIONES

En cuanto llegaron a la vieja casona, Elena subió con paso desalentado a su dormitorio.

Allí se sentó en el borde de la cama, y apoyando la frente entre las manos, sintió profundos deseos de llorar.

Comprendió que su fantasía podría desbordarse libremente en aquella soledad donde nadie iría a interrumpirla. Y como a uno, como misteriosos duendes familiares, fueron desfilando ante sus ojos atormentados los recuerdos de aquel venturoso verano que acababa de expirar.

En ese estado febril veía con absoluta pupila negras, serenas como una noche perfecta las facciones del...ado: sus clara de luna, en las cuales unos refle-

ta en ella cuando Gerardo, hecho apasimada realidad de amor, estaba delante de sus ojos...

Su cerebro dejaba correr las ideas y sus sentidos se deleitaban con las maravillosas creaciones de su fantasía.

—Gerardo!—Soltózaba—. ¡Será ver-



dad que antes como dice a esta pobre muchachita!

Y seguía hablando bellas alocuciones juveniles, imbuídas fervores, turbadoras fantasmas azules...

Pero la realidad, bruta, se impuso una vez más. La puerta del dormitorio se abrió quejumbrosamente, y una anciana de aspecto grave penetró en la estancia.

B O S C H  
— 18 —

Al ver a su sobrina dijo:  
—¡Todavía levantada, Elena?  
La alumada joven volvió precipitadamente en su ensueño.  
Y fijando en la cabeza blanca de su tía los ojos brillantes, hermosos por la majestad del sufrimiento, contestó, tratando de engañarla:  
—Sí, tía. Es que no me en cuenta nada bien...

VI

UNA HISTORIA VIEJA

A la mañana siguiente la tía cogió a Elena y aborrió el tema, que, según pudo adivinar su instinto de arero de mujer, tanto preocupaba a su sobrina.  
—¡Oyeme, hijita! Yo sé que tú sufres en silencio... Pues bien. Erre fuerte y es necesario que hablemos...

Elena miró con ojos asombrados a la anciana:  
—¿Qué quiere usted decirme, tía?  
Esta mened tristemente la cabeza.  
Sus años las habían enseñado tanto!  
Había visto tantas cosas!  
—Escucha, hija mía...

Y contó a su sobrina un lejano episodio de su juventud...  
Ella era entonces una muchacha hermosa e inexperta como Elena. Era, también, como ella, una señorita de pueblo, y también un verano conoció a un elegante joven de la ciudad... Fueron novios. Le quiso mucho, mi abuelo.  
Y llegó el otoño. Y aquel hombre abandonó el pueblo de su veraneo, jurándole que volvería...  
Y... no lo volvió a ver más...

... ..  
Elena escuchaba como hipnotizada el triste relato de la anciana.  
Según iba oyendo, unas lágrimas resbalaban por los tiernos melocotones de sus mejillas.  
Cuando la tía terminó su historia, Elena pudo hablar:  
—Pero Gerardo no hará eso. ¡Estoy segura!

La anciana sonrió con una mueca de cansancio infinito:  
—¡Ojalá! ¡Qué poco conoces a los hombres!  
—¡Tía! ¡sollozó la joven—. ¡Por qué me has dicho esto? ¿Por qué has puesto la duda en mi corazón?

—¡Era mi deber, pobre pequeña! ¡Aun estas a tiempo. Ahora te será más fácil olvidarle...  
—¡Ojalá! ¿Tía? ¿Crees que eso es ya posible? ¿Es que no le tendré para siempre, para siempre, dentro de mí?

Quedaron en silencio las dos mujeres. La vieja recordando su tragedia pasada. La joven previendo su tragedia futura.  
Por fin, Elena murmuró:  
—¡Tía, crees que volverá, tía?  
La anciana no pudo contestar. (On las yemas de los dedos se secó, disimuladamente, unas lágrimas rebeldes.  
¡Pobre Elena! Las galabras de su tía la hundieron en el más espantoso infierno. ¿Sería verdad? ¿La habría engañado aquel hombre?

¡No! No podía ser. Gerardo era sincero cuando le hablaba de su amor... Pero... La duda. La duda de nuevo, agarrando su pobre corazón, desgarrando sus entrañas!  
Sintió un cansancio abrumador. La vida se le antojaba algo sin objeto. ¡Para qué vivir, si la vieja historia de la tía se repetiría hoy en ella, pobre chiquilla inexperta, alucinada por la primera pasión?



EN EL PROXIMO EXTRAORDINARIO:

LA HISTORIA

NOVELA DE RADIOESCUCHAS

POR DOMINGO DE FUENMAYOR

Este atleta del teatro, que admiró con sus pocas escenas a tres generaciones, dando pruebas además de su vigoroso talento, de una pasmosa resistencia física, nació en el teatro y en el morir.  
Hizo su primera representación cuando no tenía aun ocho años, tomando parte en "El pastorcillo de Madrid", interpretando el papel de "Marquesita", y la última "El Partida del Turia", en el teatro de Sabelid, cuando había cumplido los ochenta y tres años.  
Hacia el año 1868, Sevilla tuvo la gloria de contarle entre sus hijos. Fueron sus padres, don Antonio Valero, cómico zarzuela, y doña Concepción Villavicencio. Después de su primera actuación ya citada, marchó a Madrid con destino al teatro de la Cruz, y desde allí, empieza a actuar de galán joven, en el Príncipe, en donde con la compañía de Latorre, Pérez y Concepción Rodríguez, perfecciona sus grandes cualidades artísticas.

El primer gran triunfo fue en "Marcela", teniendo tanto ruido su actuación, que en 1835 Doña María Cristina quiso admirarle en Aranjuez, y al terminar la tragedia "El Tasso", después de felicitarle calorosamente, le nombró maestro honorario del Real Conservatorio.  
En 1837 pasó a Cádiz y Sevilla, y luego a Granada, y en el año 1847, tuvo Barcelona la suerte de poder admirar su gran genio, actuando para funciones de beneficencia, en el teatro de Santa Cruz, siendo las beneficiencias de los pobres, el único fruto que recogió.  
Vuelto a Madrid, pasó a Córdoba, y en 1848, otra vez en Madrid, estrenó "Los amantes de Teruel", en compañía de Teodora Lamadrid, que fue un triunfo para ambos.

Grande Valero como actor, no lo fue menos como hombre de sentimientos nobles. En 1832 por espacio de un año, recorre con su compañía las principales ciudades de España, Sevilla, Cádiz, Zaragoza, Valencia, y otras, pagando de su peculio, gastos y sueldos, destinando los productos al Hospital de la Princesa, en Madrid. Al ser llamado por el ministro de Fomento para concederle la gracia que pudiese, contestó: "Sólo quiero una cama en el mismo Hospital, por si algún día la desventura me lleva a ocuparla". Por tan noble acción, se le concedió la placa de primera clase de Beneficencia.

En 1866 pasó el Océano, conduciendo la fama de Valero por toda América.  
En Méjico, al representar en una de sus funciones "La campana de la Alhambra", y habiendo oído durante el intermedio, que habían sido inútiles, los ruegos implorados para alcanzar el perdón de un sentenciado, Valero corrió a postrarse ante don Benito Juárez, presidente de la República, quien conmovido por sus ruegos, concedió el perdón. Una salva de atronadores aplausos que le tributó el público al aparecer en escena, fue su recompensa.

En 1871, viene a Barcelona, y es cuando en el Principal, entre otras obras, actúa en "El drama nuevo". Fue aquel un triunfo memorable. El teatro lleno a rebosar, y el público pendiente de sus labios, no dejaba escapar un sólo detalle de su admirable labor. Al llegar al desenlace, en aquel momento del terrible homicidio que en escena tiene lugar, fiscal resaltado de aquella tragedia horrible de pun-

LOS QUE FUERON ILUSTRES VISITANTES DE NUESTRA CIUDAD



JOSE VALERO

La labor en "Luis XI", "El Partida de Turia", "La aldea de San Lorenzo", "El Partida de Pablo", era insuperable. No sólo de hacaba en lo trágico. Había que ver "El Partido de escuela", ejecutado con su vis cómica, para saber lo que era gracia y reírse de vases.  
Volvió el insigne Valero algún tiempo después, agradecido a tan buena acogida. Esta vez actúa en el teatro de Novedades, en compañía de Vico, su discípulo.  
Al día siguiente de su llegada, un domingo por la tarde, se sintió afectado de un resaca, perdiendo casi la voz por completo. Ni el consintió que se suspendiera la función, ni se oía ser esto, ya que el público que llenaba el teatro, estaba ávido de ver a su autor predilecto.  
Representó "La aldea de San Lorenzo", un drama en que la mayor parte del tiempo, el protagonista es mudo. Con todo y no había que el público se entusiasma hasta el delirio. Fue tan grande su exaltación, que en una hora del pueblo, conmovido, viéndolo salir dar la mano a su esposa doña Salvadora Carrón, exclamó:  
—¡Senyora, sobretot cuíll forsa!

El viejo Valero, al retirarse a sus habitaciones, se le llenaron los ojos de lágrimas. Algunos días después, reapareció completamente restablecido. Al representar con Vico "El alcalde de Zalamea", en la escena de este heroico representante popular y de Don Logos, dos temperamentos de hierro cara a cara, hicieron estremecer de emoción al público.  
Valero quería mucho a Cataluña. Siempre e-

decía que aquí vendría a dejar sus huesos y por cierto que cumplió su palabra. La verdad es que, en Barcelona, una de las ciudades que más le comprendieron y durante el tiempo en que se disputaba la supremacía Valero y Roma, si bien éste tenía su administrador, don José tenía entusiasmas. Fue uno de los apóstoles que hablaban de dominar nuestra ciudad, como el de los "licencistas y cruzados", "los gavaristas y masinistas" etc., que muchas veces acabaron con dispetas y garrotazos. En tales circunstancias, todos los argumentos eran hechos para satirizar al contrario. Un anciano años atrás, aun recordaba dos ocurrencias, fragmentos de una conversación que circulaba entonces, sino de buen gusto, ingeniosa:  
"Valero sin el 70 vale Roma sin 70 meca".

La verdad es que eran dos grandes valores, y sólo los espíritus intrasiguentes, podían negar al uno, lo que reconocían al otro.  
El arte de Valero, era honradamente conocido, y en los ensayos, obligaba a todo el mundo a estudiar escrupulosamente el papel, teniendo fama de mal genio, cuando no se cumplía sus órdenes en lo que era justo. Con todo, si el amonestado encontraba una contestación ingeniosa para disiparse, él mismo la celebraba.

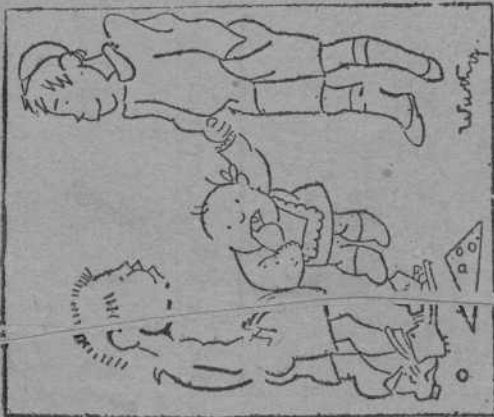
Un día, en el ensayo de un drama, un compañero habla de dar un grito entusiasta de "Viva Carlos V", y esto lo hizo con una vez tan débil y ridícula, que Valero impactó y enojado, no pudo menos de decir:  
—¿Pero que voz es esta?  
El compañero, que era catalán, por más señas, le respondió muy a tiempo:  
—Ven de miya peseta, don Josep.

Con toda su rigidez, el gran actor tenía su risa a la de los demás.  
Otro día, en el Principal, mientras estaba en escena representado, se oía bastante ruido entre bastidores. Nervioso e impaciente, avanzando un momento en que el diálogo lo permitía, dijo a los que metían bulla que en concluyendo el acto, los haría andar derechos. Al instante, estalló una carcajada general que le llenó de furor. ¡Risas a una represión suya!... Nunca le había ocurrido.  
Cayó el telón, y al ir a descargar sin enojo, vino la explicación satisfactoria. Los que allí se encontraban, no se habían reído de sus palabarras, sino de un jorobado presente en aquel momento, que al oír lo dijo: "que las haría andar derechos", exclamó: — ¡Tart de bo!

El eminente actor tenía un corazón de oro. Dado hasta la prodigalidad, no comora, el valor del dinero, y esto le hacía imprevisor, no pensando en los días de la vejez. Esto llegó y sin contar Valero con las reformas necesarias. En los últimos tiempos, en algunas tentativas premiosas de poder reunir algunos recursos pecuniarios, para atender al mantenimiento de su vida, inspiraba más piedad que otra cosa. Dada su manera de ser, era su fin fatal, ya previsto en un instante de su vida, cuando dijo: "Sólo quiero una cama en el mismo Hospital por si algún día la desventura me lleva a ocuparla".

Este triste calvario de su vida, tuvo fin en la madrugada del 12 de enero de 1891.

JOAQUÍN BAS GICH



### La piedra mágica

Una vez, hace muchos años, vivía en su casita, cerca de la aldea, un campesino y su mujer. Eran muy pobres y tenían bastante que trabajar; pero como eran jóvenes y fuertes y se querían mucho, se encontraban felices. El marido trabajaba en el cultivo de sus pobres tierras y la mujer en todos los quehaceres de la casa.

Llegó un día una pobre viejecita que fue pidiendo limosna en todas las casas, por lo que no había comido nada desde el día anterior.

Pero los aldeanos, en lugar de socorrer a la infeliz, la hicieron salir de la aldea a palos y pedradas, diciéndole que ellos eran muy pobres y no tenían nada que dar a las viejas mendigas.

La pobre mujer se fue caminando por la carretera hasta que llegó a la cruz donde vivían el campesino y su mujer.

Se detuvo allí y suplicó a la campesina que le diese algo de comer, pues se encontraba rendida de fatiga y hambre.

La mujer, que estaba sola en su casa, pues su marido se encontraba trabajando en el campo, se apiadó de la viejecita y la invitó a entrar a descansar.

—Somos muy pobres—le dijo—. Sólo tenemos un poco de potaje para nuestra comida de esta noche. Voy a guardarle su parte a mi marido y le daré a usted la mitad de la mía. También le voy a dar una manzana del árbol que hay en el jardín.

La viejecita descansó un rato, se comió el potaje y la manzana y se dispuso a seguir su camino.

Al salir de la casa se volvió hacia la campesina y le dijo:

—A pesar de ser usted más pobre que la gente de la aldea y de no tener apenas qué comer, se apiadó de una anciana más pobre aún que usted, compartiendo con ella lo poquito que tenía. Su buena acción merece un premio de manera que la voy a recompensar. Si usted coge una piedra de cualquier tamaño, sube al manzano del jardín a la salida del sol y tira al suelo la piedra, pronunciando al mismo tiempo las palabras mágicas «Kayo Kamib», la piedra se convertirá en oro puro. Así tendrás riquezas durante toda vuestra vida.

Cuando el campesino volvió a su casa, por la noche, la mujer le sirvió la comida y le contó lo que había pasado con la vieja mendiga—exclamó, riéndose, el marido—. Pero hiciste bien en darle la mitad de tu comida. Ahora partiré yo contigo mi ración.

Al día siguiente, mucho antes de amanecer, el campesino se fue a su trabajo. Cuando salió el sol, la mujer hizo lo que le había dicho la anciana. Como le aseguró aquella, la piedra se convirtió en oro en cuanto llegó al suelo.

Corrió la mujer a enseñársela a su marido; éste la llevó al pueblo cambiando-la allí por viveres y ropas para su mujer y para él.

Aquello se repitió durante varios días, hasta que un hombre muy rico y muy avaroso que vivía en la aldea empezó a extrañarse de que aquel campesino, antes tan pobre, pudiese traer todos los días al pueblo un pedazo de oro puro.

Se dirigió al campesino y le preguntó de dónde sacaba tanto oro, a lo que contestó éste:

—Pues es muy sencillo. Mi mujer recoge un pedazo de oro todas las mañanas, al amanecer, bajo el manzano de nuestro jardín.

—¡Caramba!—se alejó pensando el avaro—, ¡No está mal! Me parece que me voy a dar una vueltecita por ese jardín, a ver si consigo un pedazo de oro yo también.

Y como lo pensó así lo hizo.

Al día siguiente, muy temprano, se dirigió a la casa del campesino y se escondió entre unos matorros que había debajo del

—No te da vergüenza, siendo tu padre patero, ir con los zapatos rotos, ¿y a ti, siendo dentista tu papá, que tu hermanito tenga un sólo diente?

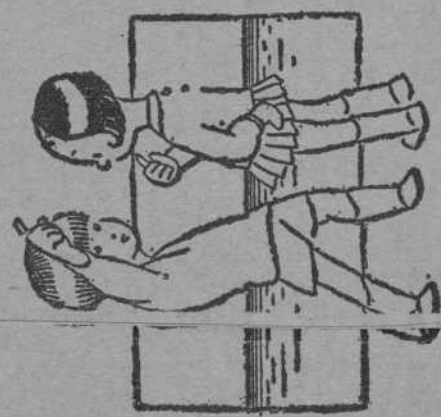
—Me gusta esperar a la apañación de los pedazos de oro.

En cuanto notó que dentro de las malezas salía el saco que el avaro llevaba, y se propuso darle una lección.

Escogió la piedra más grande y pesada que encontró; subió al árbol, y en cuanto salió el sol, cae sobre la cabeza del avaro.

Salió éste dando un alarido y echó a correr por la carretera, frotándose el chichón que le había dado un alarido, y los campesinos vivieron felices el resto de sus días, gracias al pedazo de oro que cada día les daba el amanecer con la piedra y las palabras mágicas.

—Me gustaba más el campo que la ciudad. Debieran haber sido las ciudades en el campo.



### La mano del diablo

En un colegio de internos había un niño de doce años que era muy travieso y se llamaba Pedro. La víspera de su santo encargó a un amigo, que iba a dormir a su casa, que a las diez de la noche estuviera debajo de la ventana de su cuarto con una cestilla llena de caramelo y dulces para convidar a sus amigos. Tan pronto dieron las diez, Pedro echó una cuerda desde la ventana de su cuarto, y el otro chiquillo ató las asas de la cesta y ésta empezó a subir. Pero el profesor, que estaba en una ventana debajo de la de Pedro, vio subir la cesta y la cogió. En seguida fue al cuarto del muchacho, pero éste estaba ya acostado y hacía que estaba dormido.

—Pedro, Pedro, ¿qué hacías?—preguntó el profesor.

—Estaba soñando que quitaba un alma del Purgatorio con una cuerda, pero el demonio sacó las manos por una ventana, cortó la cuerda y el alma volvió a caer en el Purgatorio.

El profesor se rió a carcajadas y le devolvió la cesta.

—Una vez, hace muchos años, vivía en su casita, cerca de la aldea, un campesino y su mujer. Eran muy pobres y tenían bastante que trabajar; pero como eran jóvenes y fuertes y se querían mucho, se encontraban felices. El marido trabajaba en el cultivo de sus pobres tierras y la mujer en todos los quehaceres de la casa.

Llegó un día una pobre viejecita que fue pidiendo limosna en todas las casas, por lo que no había comido nada desde el día anterior.

Pero los aldeanos, en lugar de socorrer a la infeliz, la hicieron salir de la aldea a palos y pedradas, diciéndole que ellos eran muy pobres y no tenían nada que dar a las viejas mendigas.

La pobre mujer se fue caminando por la carretera hasta que llegó a la cruz donde vivían el campesino y su mujer.

Se detuvo allí y suplicó a la campesina que le diese algo de comer, pues se encontraba rendida de fatiga y hambre.

La mujer, que estaba sola en su casa, pues su marido se encontraba trabajando en el campo, se apiadó de la viejecita y la invitó a entrar a descansar.

—Somos muy pobres—le dijo—. Sólo tenemos un poco de potaje para nuestra comida de esta noche. Voy a guardarle su parte a mi marido y le daré a usted la mitad de la mía. También le voy a dar una manzana del árbol que hay en el jardín.

La viejecita descansó un rato, se comió el potaje y la manzana y se dispuso a seguir su camino.

Al salir de la casa se volvió hacia la campesina y le dijo:

—A pesar de ser usted más pobre que la gente de la aldea y de no tener apenas qué comer, se apiadó de una anciana más pobre aún que usted, compartiendo con ella lo poquito que tenía. Su buena acción merece un premio de manera que la voy a recompensar. Si usted coge una piedra de cualquier tamaño, sube al manzano del jardín a la salida del sol y tira al suelo la piedra, pronunciando al mismo tiempo las palabras mágicas «Kayo Kamib», la piedra se convertirá en oro puro. Así tendrás riquezas durante toda vuestra vida.

Cuando el campesino volvió a su casa, por la noche, la mujer le sirvió la comida y le contó lo que había pasado con la vieja mendiga—exclamó, riéndose, el marido—. Pero hiciste bien en darle la mitad de tu comida. Ahora partiré yo contigo mi ración.

Al día siguiente, mucho antes de amanecer, el campesino se fue a su trabajo. Cuando salió el sol, la mujer hizo lo que le había dicho la anciana. Como le aseguró aquella, la piedra se convirtió en oro en cuanto llegó al suelo.

Corrió la mujer a enseñársela a su marido; éste la llevó al pueblo cambiando-la allí por viveres y ropas para su mujer y para él.

Aquello se repitió durante varios días, hasta que un hombre muy rico y muy avaroso que vivía en la aldea empezó a extrañarse de que aquel campesino, antes tan pobre, pudiese traer todos los días al pueblo un pedazo de oro puro.

Se dirigió al campesino y le preguntó de dónde sacaba tanto oro, a lo que contestó éste:

—Pues es muy sencillo. Mi mujer recoge un pedazo de oro todas las mañanas, al amanecer, bajo el manzano de nuestro jardín.

—¡Caramba!—se alejó pensando el avaro—, ¡No está mal! Me parece que me voy a dar una vueltecita por ese jardín, a ver si consigo un pedazo de oro yo también.

Y como lo pensó así lo hizo.

Al día siguiente, muy temprano, se dirigió a la casa del campesino y se escondió entre unos matorros que había debajo del

—Me gustaba más el campo que la ciudad. Debieran haber sido las ciudades en el campo.



### Salpicaduras

Juanito. — Mamá, ¿dónde persiste mis pulgones?

La mamá. — Acabo de lavarlos, Juanito.

Juanito. — ¡En buer compromiso me has puesto, mamá! ¡Tenía escritas en los pablos todas las cuentas de los problemas de hoy!

La madre. — Tito, si no comes bien, no llegarás nunca a ser tan hombre como tu papá.

Tito (después de un largo silencio, durante el cual ha visto comer al autor de sus días). — ¿Y para qué come mi papá, si ya es un hombre?

—¿Ves, Arturito?—decía la mamá al niño enfermo, que no se quería tomar la medicina.

—A mí tampoco me gusta tomarla, pero me resuelvo a hacerla, y lo hago.

—Lo mismo he hecho yo, mamá. — contesta el niño —; me resolví a no tomarla, y no la tomo.

Una vez (por teléfono). — M' hijo no podrá ir hoy a clase porque está muy constipado.

El profesor. — Muy bien; ¿con quién estoy hablando?

La voz. — Con mi padre.

Entre padre e hijo:

—¡Dios mío! — exclama el primero. — ¡Qué caros cuestan hoy los zapatos!

—Pues lo que es de mí, no puedes quejarte. Ya sabes que soy de los que estudio menos.

—Me gustaba más el campo que la ciudad. Debieran haber sido las ciudades en el campo.

### La primera pasión

—¿Ves, Arturito?—decía la mamá al niño enfermo, que no se quería tomar la medicina.

—A mí tampoco me gusta tomarla, pero me resuelvo a hacerla, y lo hago.

—Lo mismo he hecho yo, mamá. — contesta el niño —; me resolví a no tomarla, y no la tomo.

Una vez (por teléfono). — M' hijo no podrá ir hoy a clase porque está muy constipado.

El profesor. — Muy bien; ¿con quién estoy hablando?

La voz. — Con mi padre.

Entre padre e hijo:

—¡Dios mío! — exclama el primero. — ¡Qué caros cuestan hoy los zapatos!

—Pues lo que es de mí, no puedes quejarte. Ya sabes que soy de los que estudio menos.

—Me gustaba más el campo que la ciudad. Debieran haber sido las ciudades en el campo.

—Me gustaba más el campo que la ciudad. Debieran haber sido las ciudades en el campo.

—Me gustaba más el campo que la ciudad. Debieran haber sido las ciudades en el campo.

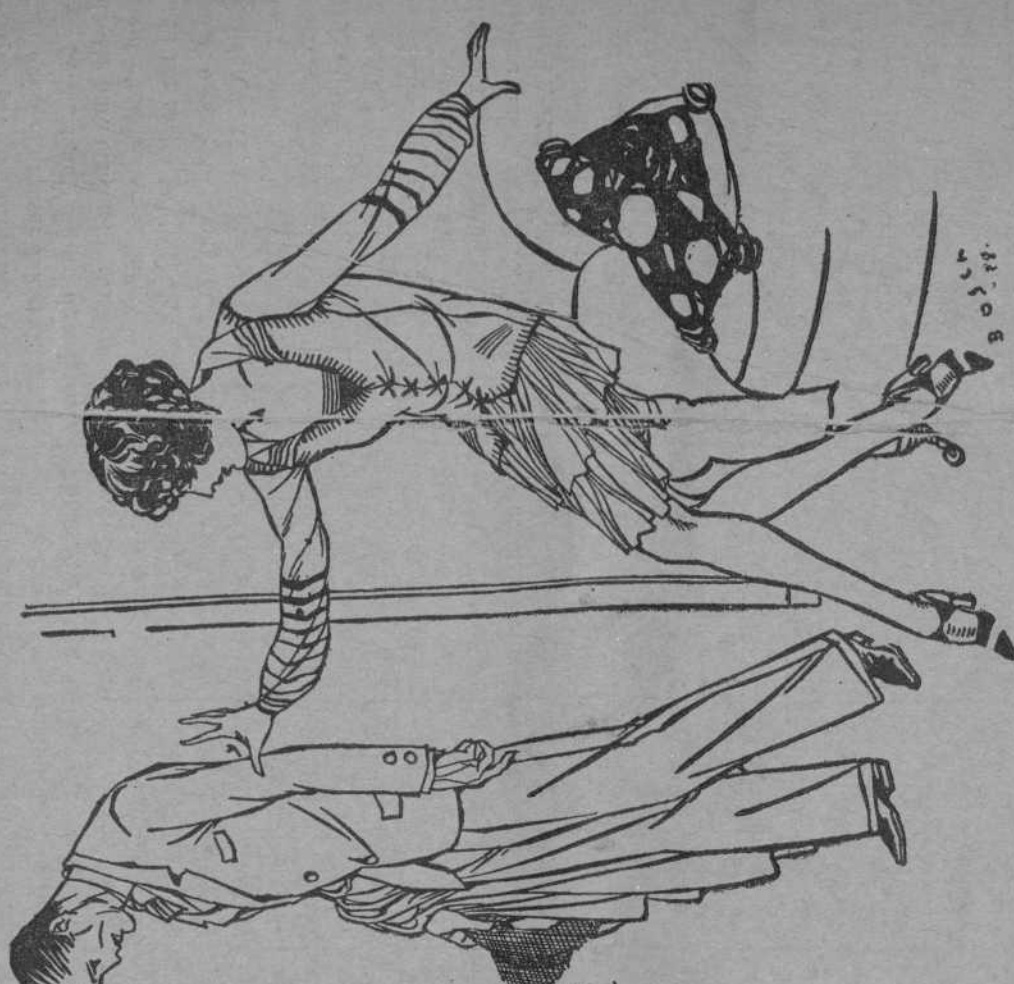
### LA CANCIÓN ETERNA

El decía, estremecido y balbuciente, igual que en un rezo:

—¡Cómo te quiero, chiquilla, cómo te voy queriendo cada día más! Parece que mi amor aumenta conforme pasa el tiempo, según mi cuerpo y mi espíritu se van adaptando, de nuevo, a esta vida.

Gerardo la atajó con rapidez:

—Me gustaba más el campo que la ciudad. Debieran haber sido las ciudades en el campo.



# La primera pasión

(Episodio vulgar)

## por Angel Marsá

Ilustraciones de BOSCH

ble. Su boca, jugosa y encendida. El cuerpo, armonioso y esbelto. El pelo, rubio como el trigo. Una dulzura infinita, una gracia incomparable, emanaba de su carne, de sus gestos, de su voz...

El era un joven de figura gallarda, modales distinguidos y facciones inteligentes.

Ambos se sentaron en un pequeño montículo, junto al estrecho sendero que conducía al pueblo.

Hablaban a media voz, apaciblemente, como si temiesen turbar el sueño de los campos aromados de crepúsculo.

Su tema era la eterna canción de amor, siempre repetida y siempre nueva.

—¡Quieres creerme, Gerardo—dijo por fin— que a pesar de tus palabras, no he decidido todavía creer en tu amor?

Gerardo la atajó con rapidez:

—¡Quieres creerme, Gerardo—dijo por fin— que a pesar de tus palabras, no he decidido todavía creer en tu amor?

Gerardo la atajó con rapidez:

—¡Quieres creerme, Gerardo—dijo por fin— que a pesar de tus palabras, no he decidido todavía creer en tu amor?

Gerardo la atajó con rapidez:

—¿Qué pruebas necesitas, Elena?  
 —Ella quiso aparentar frialdad:  
 —Espera... Estoy segura de mis sentimientos para contigo; creo amarte con todo mi alma. Te soy sincera. Sin embargo... me asalta la duda de que, o te engañas, o pretendes engañarme... No es posible que tú, Gerardo, puedas querer de esta manera a una muchacha humilde, pobre, sencilla, que no posee cultura alguna, que ni siquiera es bella. ¡No es posible!

—¡Elena!  
 —Déjame seguir! Tú eres rico. Poses gloria, fama, cuanto puede apetecer el hombre más exigente... Volverás a la capital... Allí te reclama tu arte... Allí te admiran muchas mujeres ricas, bellas, aristocráticas, elegantes, cultas... ¿Sabes lo que pienso a ratos?  
 —¿Qué?  
 —Pues que tú, al venir a pasar las vacaciones en esta aldea, habías pensado en esta finca de recreo, has pensado aburrirte lo menos posible, y te has enamorado de mí, tu vecina más cercana, para no pasarlo del todo mal...  
 —¡Calla, calla, por Dios! Tus palabras me hacen dano, Elena.  
 —¿Cuántas pobrecitas como yo habrán sido engañadas con idénticas mentiras!  
 —¡No insistas, Elena! Te lo pido por lo que más quieras... Todo esto me hiere terriblemente...  
 —¿Te pones trágico?  
 —¡No tomes a bronca mi amor! Mira que es cosa seria. Te quiero demasiado, demasiado. Te amo con toda mi alma, con todo mi corazón, que es tuyo, enteramente tuyo...  
 —¿De veras? ¡No me mientes!  
 —¡Te lo juro! Créeme, Elena. Si tú supieras...  
 —¿Qué?  
 —Que yo, con toda esa gloria y toda esa fortuna que poseo con todos los triunfos que he conquistado a fuerza de sacrificios brutales y de esfuerzos titánicos, con todo mi nombre, toda mi celebridad y todo mi arte, soy un desdichado, un verdadero desdichado...  
 —¿Por qué?  
 —¡Tú no conoces mi historia, mi triste historia, pobre pequeña! He luchado mucho, con todas mis energías, hasta que me he abierto paso... He vivido hu millaciones terribles, momentos en que uno se siente anonadado por el fracaso... He luchado con verdadera rabia... Me he dado todo entero a mi arte durante años, olvidándome de la vida, hasta

que, al fin, he triunfado... Cualquiera que no conozca mi existencia en la intimidad, me juzga un hombre feliz. Poseo juventud, gloria, riquezas... Sin embargo, he sido tan infeliz, tan infeliz...  
 —¿Tú? Yo que siempre te creí tan dichoso, tan satisfecho de la vida...  
 —¿De qué sirven las riquezas y los honores cuando falta el amor? Una existencia sin amor no vale la pena de vivirse... Y en mi vida faltaba ese algo esencial a toda vida, ese sentimiento purísimo que constituye la única y verdadera base de la dicha. Mi existencia pasada ha sido ardua, sombría... Por eso he deseado ardientemente el amor, he llamado con insistencia a las puertas de la pasión... Y hasta ahora el amor no ha dicho aquí estorvo.

EL PRIMER BESO

Había anochecido. Una suave brisa estremecía las ramas de los árboles, que se inclinaban, fervorosas plegarias. Los dos amantes se levantaron y emprendieron lentamente el regreso. Iban cogidos del tallo, olvidados de todo, sólo atentos al ritmo de sus corazones, que vibraban juntos. Gerardo, abstraído en la contemplación de los profundos ojos amados, seguía hablando:  
 —El amor, Elena, no entiendo de clases, ni de conveniencias. Es como un rayo divino que viene de lo alto y nos ilumina el alma de repente... Es como un fuego sagrado que anima nuestros entusiasmos. Cuando el amor enciende nuestro corazón, es como si un destello del infinito penetrase dentro de nosotros. Entonces nos sentimos animados por una nueva vida, por un insospechado vigor! Nos tornamos más generosos, más puros, más nobles, más buenos. Nuestra existencia florece. Nuestra vida se inunda de sol, de alegría, de perfumes, de música... Y en el sendero abrupto y doloroso del mundo, vemos nacer las joyantes rosas de la ilusión...  
 Elena callaba. El silencio magnífico de aquel anochecer sencillamente hacia más solemne el momento.  
 —Pero ¿tú crees que yo puedo inspirarte ese amor de que acabas de hablarme?  
 Gerardo dijo con vehemencia:  
 —¿Y por qué no? Tú no te juzgas con verdadera justicia. Si, eres injusta

para contigo misma. A veces llevamos tesoros escondidos en el alma, vira existencia no sospechamos hasta que alguien nos lo advierte. Tú estás en este caso. No te has dado cuenta de todas tus perfecciones. Crees que porque has nacido en una aldea eres inferior a las mujeres de la ciudad. No sospechas que eres una mujer admirable, extraordinaria, delicosa...  
 —Sigue, sigue pintoréandome...  
 —Es la verdad. Antes de conocerte, Elena, la existencia no tenía sentido para mí. Mi vida era un páramo. Desde que te conozco, desde que te amo, ha nacido un sol en mi alma... Tú has inundado mi pecho de luz. Te juro que jamás me separaré de tu lado... ¡Serás mía, mía, para siempre, para siempre. Dime que lo serás... ¡Quiero oírlo de tus labios!  
 —Si, Gerardo, seré tuya, tuya, tuya... Se besaron. Fue un beso suave, dulce, largo, purísimo.  
 La noche había cerrado. Lentamente iban acercándose al pueblo.  
 Gerardo prosiguió:  
 —Ahora que he oído de tus labios que serás mía para siempre, ahora que hemos fundido nuestras almas en una sola, es cuando he comprendido el verdadero significado de la vida. Antes no lo comprendía. Era un pobre hombre. Poseía gloria, riquezas, placeres. Pero me faltaba lo que no debe faltar jamás: el amor...  
 Sus siluetas, muy juntas, como una sombra, se fundieron entre las sombras propias del primer callejón de la aldea.

LA PARTIDA

Cuando sonó el silbido de la locomotora, en el otro extremo del andén, Elena sintió que el corazón quería saltarse del pecho y correr locamente hasta alcanzar el último vagón del tren que se alejaba.  
 —Sus ojos, brillantes por la emoción... Lágrimas contenidas—sintieron las luces coloradas del furgón de cola hasta que se perdieron entre las sombras de la noche.  
 ¡Por fin había llegado el momento temido! ¡Se iba Gerardo! ¿Para no volver más? ¿Para volver en seguida y hacerla su esposa, como él la juró tantas veces desde el primer beso?  
 Estos ideas se agitaban en su cerebro ensombrecido por la emoción de la par-

PAGINAS INFANTILES

EL PORQUE DE LAS COSAS

¿POR QUE EL AGUA SE ONDULA CUANDO TIRAMOS A ELLA ALGUNA PIEDRA?



Esta gigantesca ruminante, cuya presencia en los parques zoológicos causa admiración, es realmente uno de los cuadrúpedos más interesantes y extraños que existen en la fauna terrestre.  
 Cuantos viajeros han visto a estos animales en su país nativo, afirman, que el espectáculo de un grupo de jirafas en plena libertad, es de los que nunca se olvidan.  
 La jirafa (Giraffa) en árabe, se distingue por tener solamente dos dedos en cada pie y los cuernos persistentes y revestidos siempre de piel. Sus largas patas, su lomo en declive, su prolongado cuello y su manchada piel, son características demeritadas conocidas para que haga falta describirlas.  
 Estos grandes ruminantes viven en todos los países de estepe o de monte muy abierto del África, desde el Sur de Sahara hasta el desierto de Kalahari y el Zambesi, constituyendo diversas razas locales que difieren solamente de la coloración y en el número de cuernos, pues, mientras en unos sólo existen dos, otros tienen un tercer cuerno en el frente y algunos, muy contados, presentan hasta cinco.  
 La raza más notable de jirafa, es la de Jomal, cuyas manchas son tan grandes y se hallan tan juntas unas de otras, que la piel, más que manchada de castaño sobre fondo amarillento, parece de color obscuro como una red de estrechas líneas pardas. La altura aproximada de uno de estos gigantesos animales, con el cuello inclinado, es de unos cinco metros y medio.  
 Las jirafas viven en pequeños rebaños de quince o veinte individuos, aunque a veces se ven reunidas más de cincuenta. Muy len habitan en parajes de arbolado muy espeso y poco elevado, cuyo follaje les sirve de alimento, comiendo, preferentemente, las hojas y los brotes de las mimosas y de una especie de arbusto llamado por antonomasia "Acacia de jirafa", viéndose rara vez palear en el suelo, pues usara hacerlo fieren que abrir mucho las patas anteriores, actitud que toman también para beber, lo que hacen muy poco, puesto que la jirafa es uno de los animales salvajes que menos prueba el agua. Según afirma el naturalista Buvien, la jirafa puede pasar perfectamente, sin beber, seis o siete meses.  
 Su extraordinaria talla, le permite ver desde muy lejos cualquier peligro y su vista alcanza una distancia increíble. Ordinariamente, este mamífero anda moviendo a la vez las dos patas de un mismo lado, y no las extremidades diagonalmente opuestas como la mayoría de los cuadrúpedos.  
 La jirafa es un animal enteramente inofensivo, y aunque puede defenderse a patadas de los enemigos que la acometan, a

—No te ha servido el caramelo, hija mía?  
 —No, papá. Por lo visto hace con nos los tres expresos. No se detiene en las estaciones pequeñas.  
 La más pequeña alarma hoy, girando de un modo extraordinario, con un movimiento parecido al de un caballo mecido y dando a la cola.  
 La circunstancia de no haber oído hasta ahora la voz de una jirafa, hace que se considere mudo a este extraño ruminante.  
 Refiere Rossevel, que en las selvas de Iuri (Congo Belga) había un cuadrúpedo de la familia de las jirafas que era desconocido enteramente de los hombres de ciencia hasta hace poco más de veinte años y cuyo descubrimiento produjo gran sensación en el mundo sabio.  
 El «O Kapri», que así se denominaba a este raro animal, no tiene el tamaño e proporciones vienen a ser las de una mediana mula, solamente el macho tiene cuernos, y en cuanto a su pelaje, ofrece una coloración extraordinaria y elegante, entre negra y castaño oscuro, amarillenta en la cabeza y rayada de negro y crema en los lados.  
 Pocos son los naturalistas que puedan jactarse de conocer a este raro animal. En Burundi sólo se conocía un ejemplar, el «O Kapri», que murió a poco de ser llevado al jardín zoológico de Amberes.  
 El Museo de Madrid, considera como una gran suerte el poseer un magnífico ejemplar macho y el esqueleto de una hembra de esta notable especie de la fauna salvaje.  
 B. S. N.



—Dime un episodio de la vida de Napoleón.  
 —No sé ninguno. No voy nunca al cine.



—¿Te gusta que me quede a comer con vosotros, Angelita?  
 —Sí, señor. Tenemos un plato más y tenemos postres cuando hay un invitado.



—¿Qué hora es?  
 —¿Qué hora es?  
 —¿Qué hora es?  
 —¿Qué hora es?